

noticia sin ninguna precaucion, le afectó el golpe de un modo tan doloroso como inesperado. El mismo dia se metió en la cama; á los dos siguientes habia muerto.

Encontróse, pues, el principito gefe de la familia, y dueño á los veinte y un años, de una fortuna de ocho millones.

## XVII

## EL COMBATE

Grande fué el dolor del principe : resolvió viajar para distraerse.

Precisamente se hallaba en el puerto una fragata francesa que se aprestaba á darse á la vela para Tolon ; pidió el principe una recomendacion para el capitan y obtuvo pasaje.

No dejaron de decirle al capitan algunos amigos, cuando supieron que el principe de\*\*\* iba á embarcarse á bordo de su buque, quién era el compañero de viaje que su mala estrella le deparaba; pero el capitan era uno de esos viejos lobos marinos que no creen ni en Dios ni el diablo y no habia hecho mas que reirse de la susceptibilidad de sus amigos.

Todas las probabilidades estaban por una travesía feliz: el tiempo estaba magnífico; la flota inglesa al mando de Foote cruzaba de la parte de Corfú; Nelson vivía alegremente en Palermo con la bella Emma Lyonna: el capitán partió orgulloso como un conquistador que va al descubrimiento de un mundo.

Todo marchaba perfectamente hacia dos días y dos noches, cuando al amanecer del tercero, y á la altura de Liorna, oyó el capitán gritar al marinero vigía: ¡vela á estribor! Subió el capitán inmediatamente sobre el puente con su catalejo, y le dirigió hácia el objeto señalado. Al primer golpe de vista reconoció una fragata de diez cañones mas fuertes que la suya, y por ciertos detalles de su construcción creyó podía asegurar que era inglesa.

Pero diez cañones mas ó menos era una miseria para un viejo tiburón como el capitán; mandó á la tripulación estuviese preparada á cualquier evento, y continuó examinando al buque. Maniobraba evidentemente para aproximarse á la fragata; el capitán que era muy aficionado á lo que llaman los marinos *juego de bolos*, resolvió evitarle la mitad del camino, y se puso en derrota sobre el navío enemigo.

En aquel momento gritó el marinero vigía: ¡vela á babor! Volvióse el capitán, dirigió su anteojo al otro horizonte, y vió otro buque que saliendo magestuosamente del puerto de Liorna, avanzaba con evidente intención de tomar parte en el asunto. El capitán le examinó con una atención muy prolija, y reconoció un navío de línea de la mayor fuerza.

— ¡Oh, oh! murmuró, tres filas de dientes á la derecha y dos á la izquierda, que son cinco. Necesitamos mandíbulas muy fuertes; y al punto, pidiendo su bocina, dió orden de dirigirse sobre Bastia y cubrir la fragata con tantas velas como pudiera llevar. Inmediatamente se vieron desplegar como otras tantas banderas las ligeras cor-

rederas, y el buque, cediendo al nuevo impulso que le daba aquel aumento de lona, se inclinó suavemente y hendió la mar con nuevo vigor.

El príncipe de\*\*\* estaba sobre el puente y habia seguido todos aquellos movimientos con un interés y una curiosidad extraordinaria. Era valiente y no temia un combate; mas sin embargo, al ver los dos buques con que tenia que habérselas el capitán, comprendía que no habia otra salvacion para la fragata que largarse y dar el peor rato posible á sus enemigos.

Finalmente el viento era buenó. Así la fragata, que no tenia mas que seguir la línea recta al paso que los otros dos buques seguian la diagonal, ganaba terreno visiblemente á los ingleses. El capitán, que hasta entonces habia tenido la bocina en la mano, comenzó á dejarla colgar negligentemente de su dedo pequeño, y á silbar la *Marsellesa*, lo cual queria decir claramente: ¡*Estais burlados, señores ingleses!* Comprendió el príncipe perfectamente aquel lenguaje, y aproximándose al capitán frotándose las manos y con esa sonrisa que le era habitual:

— ¡Y bien, capitán! le dijo, tenemos mejores piernas que ellos, ¿no es eso?

— Si, si, dijo el capitán, y si este viento dura, no tardaremos en dejarlos á tal distancia, que no los oiremos ladrar.

— ¡Oh! durará, dijo el príncipe fijando sus saltones ojos en la parte de horizonte de donde la brisa soplabá.

— ¡Eh, capitán! gritó el marinero vigía.

— ¿Qué hay?

— El viento salta del Este al Norte.

— ¡Mil truenos! exclamó el capitán, ¡estamos perdidos!

En efecto, un sopro del mistral que pasaba á través de los aparejos, confirmó lo que acababa de decir el marinero. Sin embargo, no podia ser mas que un cambio accidental, y el

viento. Esperó, pues, el capitán algunos movimientos todavía antes de tomar una resolución, mas á muy cortos instantes ya no quedaba duda: el viento se había fijado al Norte.

Aquella nueva impulsión la experimentaron á la vez los tres buques; el navío de tres puentes se aprovechó de ella para avanzar y cortar á la fragata francesa el derrotero de Córcega.

En cuanto á la fragata inglesa, no pudiendo aproximarse directamente, se puso á dar bordadas á fin de no alejarse.

El capitán era hombre de genio; tomó al instante mismo una resolución decisiva y atrevida: la de marchar directamente, sobre el mas débil de los dos buques, atacarles frente á frente, y tomarle al abordage antes de que el navío de línea hubiese podido llegar en su socorro.

En consecuencia, ordenó la maniobra necesaria, y el tambor tocó el zafarrancho de combate.

Tan próximos estaban á la fragata inglesa, que oyeron á su tambor responder á nuestro reto.

Por su parte, el navío de línea, comprendiendo la intención, cargó todas sus velas y enderezó la proa directamente hácia la fragata francesa.

Hallábanse, pues, los tres buques escalonados en una sola línea, y siguiendo al parecer el mismo rumbo, solo que estaban colocados á distancias diferentes; así la fragata francesa que se encontraba en medio, estaba apénas á un cuarto de legua de la fragata inglesa, y á mas de dos leguas del navío de línea.

No tardó en disminuir todavía mas aquella distancia; porque viendo la fragata inglesa la intención de su enemiga, no conservó mas que las velas estrictamente necesarias para la maniobra, y esperó el choque de que se veía amenazada.

Viendo el capitán francés que se aproximaba el momento de la acción, suplicó al príncipe bajase á la bodega, ó á lo

menos se retirase á su camarote. Pero el príncipe, que jamás había visto un combate naval, y que deseaba aprovechar aquella ocasión, pidió le permitieran estar sobre el puente, prometiendo permanecer apoyando en el palo de mesana sin incomodar en nada á la maniobra. El capitán, que apreciaba los bravos de cualquier país que fuesen, le concedió lo que pedía.

Continuaron avanzando; mas apénas hubieron ganado unos cien pasos, se distinguió una nubecilla blanca á bordo de la fragata inglesa, luego vieron resbalar una bala á alguas toesas de la fragata francesa, oyeron el cañonazo, y por fin, vieron el ligero vapor producido por el disparo elevarse desvaneciéndose, y desaparecer á través de los mástiles, impelido por el viento que soplabá del lado de Francia.

Estaba comprometida la partida por la orgullosa hija de la Gran Bretaña, que provocada la primera por el sonido del tambor, había querido ser la primera á contestar por el sonido del cañon. Comenzaron los dos buques á aproximarse uno á otro; mas á pesar de permanecer los artilleros franceses en su puesto, aunque las mechas estaban encendidas, y no obstante que los cañones tendidos sobre pesadas cureñas, parecían pedir permiso para decir una palabra á su vez en favor de la república, todo permaneció mudo á bordo, sin oirse otro ruido que la *Marsellesa*, que el capitán continuaba silbando. Verdad es, que como era el único aire que sabía, le aplicaba á todas las circunstancias; solo sí, según el tono en que la silbaba, así variaba aquel aire de espresion, y se podía reconocer en las entonaciones si estaba el capitán de buen ó mal humor, contento ó descontento, triste ó alegre.

Aquella vez, la entonación había tomado una espresion de sombría amenaza que no prometía nada bueno á los señores ingleses.

En efecto, nada puede tener un aspecto mas terrible

que aquel buque mudo y silencioso, avanzando en línea recta, y con una ala tan firme como la del águila sobre su enemigo, el cual cada cinco minutos virando y revirando de bordo, la enviaba su doble carronada, sin que todo aquel huracan de hierro que pasaba á través de las velas, aparejos y mástiles de la fragata francesa, pareciese causarla un daño de consideracion ni la detuviere un solo instante en su carrera. Encontráronse al fin los dos buques casi tocándose los bordes; la fragata inglesa acababa de descargar su andanada; dió orden de virar para presentarla uno de sus flancos que todavía estaba armado pero en el momento en que se presentaba de costado á nuestra artillería, la voz de ¡fuego! se oyó; veinte y cuatro piezas tronaron á la vez, la tercera parte de la tripulacion inglesa quedó tendida, crugieron dos mástiles y cayeron, y el buque estremeciéndose desde sus pequeños mástiles hasta la quilla, se detuvo en su maniobra, estremeciéndose y obligado á esperar á su enemiga.

Entonces la fragata francesa viró de bordo á su vez con una velocidad y una gracia extraordinarias, y se adelantó para enganchar su bauprés en los porta-obenques del palo de mesana; mas al pasar por delante de su contraria, la saludó á quema-ropa con su segunda andana, la que dando de lleno en la madera, rompió la muralla del buque, y tendió sobre el puente ocho ó diez muertos y unos veinte heridos.

En el mismo momento se oyó el ruido de los dos buques que se chocaban uniéndose, y las anclas de abordage aferraban uno á otro con esa fatal traccion que casi siempre es seguida de la destruccion de uno de los dos.

Hubo un momento de horrible confusion; ingleses y franceses estaban de tal modo mezclados y confundidos, que no se sabia quienes atacaban ni quienes se defendian. Tres veces los franceses se precipitaron en la fragata inglesa como un torrente que se precipita, tres veces retro-

cedieron como una marea que se retira. Al fin, al cuarto esfuerzo, pareció cesar toda resistencia; el capitán habia desaparecido muerto ó herido. Todos se rindieron á bordo de la fragata inglesa; solo el pabellon británico protestaba aun contra la derrota; un maninero se lanzó apresuradamente á abatirle. En aquel momento el grito de ¡hay fuego! se oyó; habian visto al capitán inglés con una mecha en la mano adelantándose hácia la *Santa Bárbara*.

Al punto ingleses y franceses se precipitaron confundidos á bordo de la fragata francesa huyendo del volcan que iba á abrirse bajo sus piés, y que amenazaba tragarse á la vez amigos y enemigos. Precipitáronse marineros con el hacha en la mano para cortar las cadenas de los ganchos de bordage y desprender el bauprés. El capitán se llevó á la boca la bocina, mandó la maniobra por medio de la que esperaba alejarse de su enemigo, y la esbelta y ligera fragata, como si hubiese comprendido el peligro que corria, hizo un movimiento á retaguardia. En el mismo instante se oyó un estruendo semejante al de cien piezas de artillería que sonasen á la vez; el buque inglés reventó como una bomba, lanzando al cielo los pedazos de sus mástiles, sus piezas destrozadas, y los dispersos miembros de sus heridos y muertos. Luego sucedió un terrible silencio á aquel espantoso ruido, y una vasta hoguera encendida permaneció algunos segundos todavía en la superficie del mar, sumerjiéndose poco á poco, y haciendo hervir el agua que la rodeaba; y por último, dando tres vueltas sobre si misma, desapareció en el abismo. Casi en el mismo instante una lluvia de aparejos rotos, de restos inflamados, de sangrientos miembros cayó al rededor de la fragata francesa. Todo habia concluído, su enemigo habia cesado de existir.

Hubo un instante de suprema alarma, durante el que nadie estuvo seguro de su propia existencia, en que los mas valientes se miraron estremeciéndose y en que no se

supo, tan inmediata estaba la fragata francesa á la inglesa, si seria arrastrada con ella al fondo del mar ó con ella lanzada al cielo.

El capitán fué el primero que recobró su sangre fria; mandó conducir á los prisioneros á la bodega, bajar á los heridos al entrepuente, y arrojar los muertos al mar.

En seguida, ejecutadas las tres órdenes, se volvió para ver al navío de tres puentes, que durante la catástrofe que acabamos de referir habia ganado terreno, y avanzaba lanzando espuma ante su proa como un corcel de batalla levanta el polvo ante su pecho.

Hizo el capitán reparar en el instante mismo las averías que habian causado en el buque los disparos, mudó dos ó tres velas echas girones por las balas, y reemplazó los aparejos rotos con otros nuevos; en seguida conociendo que su salvacion dependia de la rapidez de sus movimientos, volvió á emprender su ruta con toda la velocidad de que su buque era susceptible.

Pero por mas rápidamente que hubiesen sido ejecutadas aquellas maniobras, se habia empleado en ellas un tiempo que su antagonista habia aprovechado, de modo que en el momento en que la fragata se inclinaba á impulso del viento volviendo á continuar su rumbo hácia las Baleares se distinguió su punto blanco en la proa del navío de línea, y casi en el mismo instante una bala, pasando á través de los mástiles, cortó dos ó tres cables y agujereó la vela mayor y la de foque.

— ¡Mil truenos! exclamó el capitán, los truenos las tienen de cuarenta y ocho!

Efectivamente dos piezas de ese calibre estaban colocadas á bordo del navío, una en la proa y otra en la popa, de modo que cuando el capitán de la fragata se creia fuera de tiro, se encontraba bajo el fuego de su enemigo con gran desesperacion suya.

— Todas las velas fuera; exclamó el capitán, todo hasta

la última barredera! que no quede ni un jiron de lona del tamaño de un pañuelo de bolsillo en los armarios. ¡Obrad pronto!

Inmediatamente tres ó cuatro velas pequeñas fueron colocadas junto á las velas mayores á que estaban destinadas á acompañar, y se sintió un aumento de velocidad, y por mas débil que fuese, no era sin embargo completamente inútil aquel auxilio.

En aquel momento resonó un segundo cañonazo, que pasó como el primero por entre los mástiles, pero sin otro resultado que agujerear una ó dos velas.

Siguieron así por espacio de diez minutos próximamente; durante aquellos diez minutos, el capitán francés no cesó de tener su anteojo dirigido al navío enemigo. Pasados los diez minutos de observacion, volviendo á meter los tubos de su anteojo con un rudo movimiento de la mano, exclamó:

— Decididamente quedais burlados, señores ingleses! nos tragamos medio nudo mas que vosotros.

— ¿De modo que, preguntó el príncipe que no habia abandonado el puente, mañana por la mañana ya no estaremos á la vista?

— ¡Oh! sí, respondió el capitán, si marchamos siempre á ese paso.

— Y si alguna maldita bala no nos rompe una de nuestras tres piernas, dijo riendo el príncipe.

Quando decia estas palabras resonó la explosion de un tercer cañonazo y casi al punto se oyó un terrible crugido; una bala acababa de romper el mástil en que estaba apoyado el príncipe por bajo de la gran gavia.

Al mismo tiempo el mástil se inclinó como un árbol que el viento arranca de raíz; en seguida su parte superior cargada de velas, aparejos y cordaje cayó sobre el puente sepultando al príncipe debajo aquel monton de ve á-

men, pero con tal suerte que no causó al príncipe ni un arañazo.

Un juramento capaz de hendir el cielo acompañó aquel desastre, como el ruido del trueno acompaña el rayo. Habíalo pronunciado el capitán y á la primera mirada había comprendido su posición. Esta posición era comprometida: ya era inevitable un combate, y el resultado del combate siendo su buque inferior con hombres ya cansados por la primera lucha y una tripulación mitad menos que la tripulación enemiga, no presentaba ni por un instante probabilidad favorable.

No por eso dejó de prepararse el capitán á aquella desesperada lucha con el valor tranquilo y perseverante que todos le reconocían: el zafaracho del combate sonó de nuevo, y la mitad de los marineros corrió á las armas que no habían hecho mas que dejar provisionalmente sobre el puente, mientras la otra mitad, lanzándose al mástil se puso á cortar á hachazos cordaje y aparejos; levantaron en seguida el palo roto, y aparejos, mástiles, velas, cordajes, todo fué arrojado al mar.

Solo entonces fué cuando vieron que el príncipe estaba sano y salvo. El capitán le había creído destrozado. Sin embargo, por corto que fuese el tiempo transcurrido desde la catástrofe, los progresos del buque eran ya visibles; continuar el rumbo era ya huir inútilmente; además, huir es una cobardía, cuando la fuga no ofrece alguna probabilidad de salvación. Así es á lo menos como pensaba el capitán. Por tanto mandó inmediatamente se quitasen del buque todas las velas que no fuesen absolutamente necesarias á la maniobra, y que se esperase al navío.

Pensando que en aquella crítica situación haría buen efecto á sus marineros una alocución, sobre la escalerilla del castillo de popa y dirigiéndose á su tripulación:

— Amigos míos, dijo, estamos completamente perdidos desde la A hasta la Z. Al presente no nos queda ya otro

recurso que morir lo mejor que podamos. Acordaos del *Vengador*, y viva la república!

La tripulación repitió unánime el grito de: ¡Viva la república! En seguida se dirige cada uno á su puesto con tal ligereza y resolución como si hubiese sido convocado para una distribución de aguardiente.

El capitán se puso á silbar la *marsellesa*.

El navío continuaba avanzando, y á cada paso que ganaba, sus mensajeros de muerte se hacían cada vez mas frecuentes y funestos; encontróse al fin á tiro ordinario, y presentando su flanco armado con una triple hilera de cañones, se cubrió con una espesa nube de humo, del medio de la que salió una granizada de balas que fué á caer sobre el puente de la fragata.

En circunstancias tales, mas vale correr ante el peligro que esperarle. El capitán mandó maniobrar sobre el navío inglés é intentar el abordaje. Si alguna cosa podía salvar á la fragata, era un golpe vigoroso que hiciese desaparecer la superioridad física del enemigo con quien tenía que luchar, poniendo frente á frente la impetuosidad francesa con el valor anglicano.

Pero el buque inglés tenía muy buena posición para perderla fácilmente. La fragata apenas podía alcanzarle con sus cañones de treinta y seis, al paso que él con sus cañones de cuarenta y ocho la abrasaba impunemente. Y como desde que vió á la fragata marcar el rumbo hacía él maniobró para conservarla siempre á la misma distancia, desde aquel momento, por una extraña combinación, el mas fuerte fué el que pareció huir, y el mas débil el que parecía perseguir.

La situación del buque francés era terrible: siempre á la misma distancia por la misma maniobra, cada andanada que le disparaba su enemigo, le daba de lleno, mientras que los desesperados disparos que él hacía se perdían impotentes en el intervalo que los separaba del blanco á que

querian alcanzar; no era aquello una lucha, era simplemente una agonía; era preciso morir sin defenderse siquiera, ó rendirse.

El capitán estaba en el sitio más descubierto, arrojándose, por decirlo así, ante cada andanada, y esperando en cada una de ellas que alguna bala le hiciera dos pedazos; mas hubiérase dicho que era invulnerable; su buque estaba arrasado como un pontón, la cubierta estaba sembrada de muertos y moribundos, y él no tenía ni una herida.

También el príncipe de\*\*\* estaba sano y salvo.

El capitán dirigió una mirada á su alrededor, vió á su tripulación diezmada por la metralla, muriendo sin preferir una queja, á pesar de morir sin venganza; sintió á su fragata estremecerse y quejarse bajo sus piés, como si hubiese estado animada y viva: comprendió que era responsable ante Dios de las vidas que le estaban confiadas, y ante la Francia del buque de que le había hecho rey. Llorando de rabia, dió orden de amainar el pabellón.

Inmediatamente que la bandera de tres colores desapareció del asta en que flotaba, cesó el fuego del buque enemigo; y dirigiendo el rumbo hácia la fragata, maniobró para aproximarse directamente hácia ella; por su parte, la fragata le veía avanzar conservando un sombrío silencio: hubiérase dicho que á su aproximación los mismos moribundos contenían sus lamentos. Por un movimiento maquinal, los pocos artilleros que permanecían junto á una docena de piezas todavía en batería, apenas vieron el buque á tiro, aproximaron la mecha á los cañones; pero á una señal del capitán, todos los bota-fuegos fueron arrojados sobre el puente, y esperaron todos resignados comprendiendo que cualquier defensa sería una traición.

En breves instantes se encontraron los dos buques casi tocándose los bordes, pero en un estado muy diferente; ni

un solo hombre del navio inglés faltaba en el rol de la tripulación, ni un mástil había padecido, ni una cuerda se había roto; el buque francés, por el contrario, averiado todo él en su doble lucha, había perdido la mitad de su gente, tenía tres mástiles rotos y casi todo su cordage flotaba al viento como una cabellera esparcida y desmelenada.

Cuando el capitán inglés estuvo al alcance de la bocina, dirigió en excelente francés á su intrépido adversario alguna de esas palabras de consuelo con que los bravos dulcifican entre sí el dolor de la muerte ó la vergüenza de la derrota. El capitán francés se contentó con sonreír meneando la cabeza, después de lo que hizo señal á su enemigo de que enviase sus chalupas, á fin de que la tripulación prisionera pudiese pasar de un bordo al otro estando todas las lanchas de la fragata fuera de servicio.

Al punto se verificó el transporte: de tal modo se había averiado el buque francés, que hacia agua por todas partes, y si no se ponía pronto remedio á sus averías, amenazaba irse á pique.

Transportáronse primero los desgraciados heridos de gravedad, después aquellos cuyas heridas eran leves, y por último, los pocos que por milagro habían salido sanos y salvos del doble combate que acababan de sostener.

El capitán quedó el último á bordo, como era de su deber; luego, cuando vió á los últimos de su tripulación en la chalupa, y que el capitán inglés hacia echar al agua su propia chalupa para enviarle á buscar, entró en su cámara como si hubiese olvidado alguna cosa; cinco minutos después se oyó la detonación que producía un pistoletazo.

Dos marineros ingleses y el joven midshipman, que mandaba la embarcación, se lanzaron al punto sobre el puente y se dirigieron corriendo á la cámara del capitán. Encon-

tráronle tendido sobre el puente, desfigurado y nadando en su propia sangre; el desgraciado y bravo marino no había querido sobrevivir á su derrota: acababa de levantarse la tapa de los sesos. El jóven midshipman y los dos marineros, apenas acababan de asegurarse que estaba muerto, cuando oyeron un silbido. En el momento que el príncipe de\*\*\* ponía el pié á bordo del buque inglés, comenzaron á notar que el tiempo cambiaba en tempestad; de modo que viendo el capitán que no había tiempo que perder para hacer frente á aquel nuevo enemigo, había resuelto volverse apresuradamente al puerto de Liorna ó al de Porto-Ferraio.

Tres días despues, el buque inglés, desmantelado de su palo de mesana, roto su timon, y no sosteniéndose sobre el agua sino con la ayuda de sus bombas, entró en el puerto de Mahon, impulsado por las últimas ráfagas de la tempestad que poco había faltado para echarle á pique.

En cuanto á la fragata francesa su vencedor había querido por un momento remorcarla consigo; pero muy pronto se había visto obligado á abandonarla; y al mismo tiempo que el buque inglés entraba en el puerto de Mahon, ella encallaba en las costas de Francia con el cuerpo de su bravo capitán, al que servía de glorioso féretro.

El príncipe de\*\*\* había sufrido la tempestad con la misma felicidad que el combate, y había desembarcado en Mahon sin haberse siquiera mareado.

## XVIII

## LA BENDICION PATERNAL

Por espacio de cinco años se ignoró completamente lo que había sido del príncipe de\*\*\*. Unicamente que su banquero le remitía por lo regular sumas enormes, unas veces á Francia, otras á Alemania, y también á Inglaterra. Al fin cuando menos lo pensaban, le vieron aparecer en Nápoles, esposo de una jóven inglesa con quien se había casado, y padre de dos lindos niños que el cielo, sonriéndole continuamente, había hecho que fuesen varon el uno, hembra la otra.

Diremos breves palabras acerca del niño, para ocuparnos despues de la niña, cuyas desgracias harán casi solas el gasto de este interesante capítulo.

El niño era el vivo retrato de su padre. Así que desde

que lo vieron, no dudaron, en Nápoles que el don fatal de la gettatura continuaria en la línea masculina del príncipe. En cuanto á la niña, era una bonita figura que reunia en sí los dos tipos de belleza italiana ó inglesa: tenia larga cabellera negra, bonitos ojos azules, tez blanca y mate como una azucena, dientes pequeñitos y brillantes como perlas, sus labios encaraados como el coral.

La madre se encargó esclusivamente de la educacion de esta encantadora niña, que creció á su sombra, graciosa y fresca como una flor de primavera.

A los quince años causaba la admiracion de Nápoles; la primera cosa que se preguntaba á los estrangeros era si habian visto á la encantadora princesa de\*\*\*.

No es necesario decir que durante esos quince años la funesta estrella del príncipe habia permanecido constantemente la misma; la única diferencia que en él se notaba, consistia en que á sus antiparras habia añadido una enorme caja de tabaco, lo cual duplicaba todavía, si se han de creer las tradiciones, la maligna influencia á que constantemente estaban sometidos los que se hallaban en contacto con él:

Entre todos los jóvenes nobles que giraban en torno de la bella Elena (asi se llamaba la hija del príncipe de\*\*\*) se habia fijado esta en el conde de F\*\*\*, hijo segundo de uno de los mas ricos y aristocráticos patricios de la ciudad de Nápoles. Mas como el derecho de mayorazgo estaba abolido en el reino de las Dos Sicilias, el conde de F\*\*\* á pesar de ser segundon, era un partido muy bueno para nuestra heroína, puesto que llevaba al matrimonio como ciento cincuenta mil libras de renta, un nombre noble, veinte y cinco años y una bella figura.

¡Cosa increíble! precisamente era su bella figura el principal obstáculo al matrimonio; no de parte de la joven princesa, ella por el contrario, á Dios gracias, apreciaba aquel don de la naturaleza en todo su valor, y aun en mu-

cho mas; pero aquella bella figura habia hecho tantas de las suyas, habia trastornado tantas cabezas, y habia causado tanto escándalo en la ciudad que siempre que se trataba del conde de F\*\*\* delante del príncipe de\*\*\*, apresurábase este á manifestar su opinion acerca de los jóvenes disipados, y especialmente de aquel, el cual, segun el príncipe, tenia tan buena fortuna como Salomon.

Desgraciadamente sucedió lo que siempre sucede; era el único hombre á quien Elena no hubiera debido amar, y era precisamente de quien la bella Elena se habia enamorado. ¿Fué por simpatia ó por espíritu de contrariedad? Lo ignoro. ¿Era porqué pensaba muy bien de él, ó porqué se la habia dicho mucho malo? No lo sé. Mas es lo cierto que se enamoró de él, no con ese amor efimero que un ligero capricho hace nacer y que la menor oposicion hace morir, sino con ese amor ardiente, profundo y eterno, que se aumenta con las dificultades que se le oponen, que se alimenta con las lágrimas que derrama, y que como el de Julieta y Romeo, no ve otro desenlace que el altar ó la tumba.

Mas á pesar de que el príncipe adoraba á su hija, y aun precisamente porque la adoraba, se mostraba cada vez mas opuesto á una union, que á su parecer, debia causar su desgracia. Todos los dias iban á referir á la pobre Elena alguna nueva calaverada por el estilo de las de Faublas ó Richelieu, de que el conde de F\*\*\* era el héroe; pero con gran admiracion suya, la relacion de aquellos desmanes, en vez de disminuir el amor de la joven, no hacia sino aumentarlo.

No tardó en llegar aquel amor á un estremo que hizo palidecer sus bellas mejillas, y que sus ojos, conservando por el dia la huella de las lágrimas de por la noche, comenzasen á perder su brillo; en fin, apoderándose de ella una profunda melancolia, no aparecieron ya en sus labios mas que esas vagas sonrisas semejantes á los páli-

dos rayos de un sol de invierno. Declaróse una enfermedad de languidez.

Horriblemente inquieto el príncipe por el cambio sobrevenido en Elena, esperó al médico en el momento en que salía de la alcoba de su hija, y le suplicó le dijese lo que pensaba acerca de su estado; el médico respondió que en aquella circunstancia podía la medicina menos que en ninguna otra permitirse predecir el porvenir, porque la enfermedad de la jóven le parecía originada por causas puramente morales, causadas acerca de las que la enferma había rehusado obstinadamente explicárselas: pero que á pesar de aquella negativa, estaba seguro que había en el fondo de aquella languidez que podía llegar á ser mortal, algun secreto en que estaba su curacion.

Aquel secreto no lo era para el príncipe. Así que siguió los progresos del mal con viva ansiedad, así continuó todavía por espacio de dos ó tres meses; pero trascurrido ese tiempo, habiéndole prevenido el médico que el estado de la enferma empeoraba de tal modo que no respondía ya de ella, el príncipe pidiendo perdon á Dios y á la moral de confiar la felicidad de su hija á semejante hombre, concluyó por decir un día á Elena, que como su vida le era mas querida que todo en el mundo, consentía al fin en que se casara con el conde de F\*\*\*.

La pobre Elena, que no esperaba aquella buena noticia, saltó de gozo; sus pálidas mejillas se animaron al punto con el carmin mas encantador; sus apagados ojos lanzaron rayos; en fin, su linda boca, que hasta allí había retratado la tristeza, volvió á sonreír con aquella dulce sonrisa que parecía haber olvidado para siempre. Arrojó sus demacrados brazos al cuello de su padre, y en cambio de su consentimiento, le prometió no solo vivir, sino tambien ser dichosa.

El príncipe, acudiéndole sin cesar á su memoria el

recuerdo de la fatal reputacion de su futuro yerno, meneó tristemente la cabeza.

Sin embargo, como había dado su palabra, consintió que Elena hiciese conocer inmediatamente á su prometido, que si no enfermo como ella, al menos como ella había sido desgraciado, el cambio inesperado que se verificaba en su posicion.

El conde de F\*\*\* fué á verla inmediatamente. Al saber aquella inesperada nueva, poco le faltó para volverse loco de alegría.

Los dos amantes al volverse á ver, no pudieron articular una sola palabra, se deshicieron en lágrimas.

Retiróse el príncipe murmurando: cinco segundos mas que hubiera presenciado semejante espectáculo, hubiera llorado como ellos, y con ellos.

La oposicion del príncipe había hecho tanto ruido, que comprendió que desde el momento que cesaba de negarse á la union de los dos amantes, valia mas que el matrimonio se verificase cuanto antes que retardarle. Fijóse, pues, el dia de la ceremonia para de allí á tres semanas; era el tiempo estrictamente necesario para cumplir con las formalidades de costumbre.

En aquellas tres semanas recibió el príncipe de\*\*\* lo menos diez anónimos llenos de las mas graves acusaciones contra su futuro yerno; ya eran Ariadnas abandonadas que le pintaban como un amante sin fé; ya eran madres desoladas que le acusaban de ser un padre sin entrañas; ya por fin, quejas amargas de ambas partes que iban á corroborar mas y mas la primera opinion que el príncipe se había formado respecto al conde de\*\*\*. Pero el príncipe había dado su palabra; veía á su hija feliz recobrar cada dia mas vida aproximándose á su dicha. Encerró todos sus temores en el fondo de su corazon, comprendiendo que despues de haber cedido á los deseos de Elena, seria ya matarla retirar su palabra dada.

Todo permaneció en *estatu quo*, y llegado el gran día, se verificó la augusta ceremonia con gran regocijo de los jóvenes esposos, y admiración de todos los presentes á ella, quienes declararon unánimemente que era inútil buscar en todo el reino de las Dos Sicilias dos jóvenes que mas se conviniesen bajo todos aspectos.

Por la noche hubo gran baile, durante el cual el joven esposo estuvo muy solícito, y la bella esposa muy ruborizada: al fin llegó la hora de retirarse. Marcháronse los convidados unos despues de otros; no quedaban ya en el palacio mas que los recién casados, el príncipe y la princesa. Al ver aproximarse el instante de pertenecer uno al otro, Elena se arrojó en los brazos de su madre, mientras que el joven conde movía sonriéndose la mano del príncipe.

En aquel momento, este, olvidando todas sus preveniciones contra su yerno, le abrazó juntamente con su hija, y colocó las manos sobre sus cabezas, exclamando: — ¡Venid, queridos hijos, venid á recibir la bendición paterna!

Al oír aquellas palabras, y habiéndose desprendido los dos de sus brazos, cayeron de rodillas, y el príncipe, para no quedar inferior á la situación, apoyó sobre sus cabezas las manos que habia levantado hácia el cielo; entonces no encontrando nada que decir mejor que las mismas palabras que el Señor dijo á los primeros esposos:

— ¡Creced y multiplicaos! exclamó.

Luego, temiendo dejarse arrebatar de una emoción que miraba como indigna de un hombre, se retiró á su habitación, á donde fué á unirse al cuarto de hora la princesa, anunciándole, que segun todas las probabilidades, los jóvenes esposos estarían ocupados en aquel momento en poner en ejecución las palabras del Génesis.

Al día siguiente, al ver Elena á su madre, se ruborizó estraordinariamente; el conde de F\*\*\* por su parte no

carecía de cierto embarazo al aproximarse al príncipe; pero como aquel embarazo y aquel rubor eran muy naturales en la posición de ambas partes, la princesa se contentó con responder á aquel rubor con un beso, y el príncipe á aquel embarazo con una sonrisa.

Pasaron el día sin que el príncipe ni la princesa intentasen entrar en nignun detalle acerca de lo que habia pasado entre los jóvenes esposos fuera de su presencia; y como comprendían su situación, les dejaron lo mas que pudieron á solas, y no les admiró de ningún modo que pasasen una parte del día encerrados en sus habitaciones. No obstante, se comió en familia; pero como los esposos parecían cada vez mas contrariados y llenos de embarazo, el príncipe y la princesa cambiaron una sonrisa de inteligencia; y al punto que se terminaron los postres, anunciaron á sus hijos que habian decidido ir á pasar algunos días en el campo, y que en aquellos días les dejaban el palacio de Nápoles completamente á su disposición. Hicieronlo como dijeron, y aquella misma noche partieron el príncipe y la princesa para Caserta, bastante preocupados ambos con las observaciones que habian hecho separadamente, pero acerca de las que no dijeron ni una palabra en todo el viaje.

Tres días despues, en el momento en que el príncipe y la princesa almorzaban solos, se oyó rodar un carruage en el patio del castillo. Cinco minutos despues llegó un criado precipitadamente á anunciar que la joven condesa acababa de llegar.

Detrás de él se presentó Elena; pero muy al contrario de lo que debiera esperarse de una casada en la misma semana, su fisonomía estaba descompuesta, y se arrojó llorando en brazos de su madre.

El príncipe adoraba á su hija, quiso saber cuál era la causa de su disgusto; pero cuanto mas la interrogaba, mas se deshacía Elena en lágrimas guardando silencio.

Por fin, una idea terrible se ocurrió á la imaginacion del príncipe,

— ¡Oh! el desventurado! exclamó, ¿te habrá hecho alguna infidelidad?

— ¡Ah! ojalá! respondió la jóven.

— ¿Cómo, ojalá?

— ¿Pues qué es lo que sucede? continuó el príncipe.

— Una cosa que no puedo decir mas que á mi madre, respondió Elena.

— Ven, pues, hija mia, ven conmigo, exclamó la princesa, y cuéntame tus disgustos.

— ¡Madre mia! ¡madre mia! dijo la jóven, no sé si me atreveré.

— ¿Pero qué es tan terrible? preguntó el príncipe.

— ¡Oh! padre mio, es horroroso.

— ¡Bien lo dije yo, murmuró el príncipe, que ese hombre labraria tu desgracia!

— ¡Ay! y yo que no os creí! respondió Elena.

— Ven, hija mia, ven, dijo la princesa, y veremos de arreglar todo eso.

— ¡Ah! madre mia, madre mia, respondió la jóven desposada dejándose arrastrar casi á su pesar, ¡ah! temo mucho que no tenga remedio.

Y las dos señoras desaparecieron en la alcoba de la princesa.

Allí fué revelado un secreto inesperado, maravilloso, inaudito: el conde de F\*\*\* el Lovelace de Nápoles ese héroe de las mil y una aventuras, ese hombre cuyas precoces paternidades habian causado tan grandes y continuados terrores al príncipe de\*\*\*, el conde de F\*\*\* no se habia aproximado á su mujer en seis dias de matrimonio, mas que lo que se habia aproximado á la suya al cabo de un año el Señor de Lignolle, de problemática memoria.

Y lo que habia allí de mas extraordinario, era que la reputacion anterior del conde de F\*\*\* lejos de ser usur-

pada, habia quedado todavía muy inferior á la realidad.

Pero la bendicion paterna daba sus frutos. Asi como lo habia dejado temer la exclamacion de Elena, no habia remedio.

Pasáronse tres años sin que nadie en el mundo pudiese conjurar el maleficio de que era victima el pobre conde de F\*\*\*; pasados aquellos tres años se esparció un rumor singular: que la señora condesa de F\*\*\* con arreglo á uno de los artículos del concilio de Trento, entablaba demanda de divorcio alegando la impotencia del marido.

Semejante noticia, como se comprenderá, no podia ser acogida con mucha credulidad en la ciudad de Nápoles; las mujeres especialmente la oían encogiéndose de hombros asegurando que semejantes rumores carecian de sentido comun. Llegó sin embargo un dia en que fué preciso darla crédito; la condesa de F\*\*\* acababa de citar á su marido ante el tribunal de la Rota en Roma.

Entonces quisieron todos recordar hasta los menores detalles que habian acaecido despues del baile de boda; pero nadie pensó en la fatal bendicion del príncipe de\*\*\* ni en los términos bíblicos en que habia sido formulada, de modo que todo quedó en la duda, tomando los hombres partido por la condesa, colocándose todas las mujeres del lado del conde.

Durante tres meses estuvo Nápoles tan dividido como lo habia estado las épocas de mas grandes discordias civiles. Tenianse á propósito del conde y la condesa de F\*\*\* eternas discusiones entre maridos y mujeres; los maridos sostenian contra sus mujeres que no solo el conde de F\*\*\* er impotente, sino que siempre lo habia sido; respondían las mujeres á sus maridos que eran imbéciles que no sabian lo que se decian.

Al fin la condesa compareció ante un tribunal de doctores y matronas. Las matronas y los doctores declararon unánimemente que era una desgracia que Elena, como Juana

de Arco, no hubiese nacido en la frontera de Lorena, puesto que, como la heroína de Vaucouleurs, tenia en caso de invasion, todo lo que se necesitaba para espulsar á los ingleses de Francia.

Triunfaron los maridos, pero las mujeres no se rindieron por tan poca cosa: aseguraron que las matronas no sabian su oficio y que los médicos nada entendian.

Las disputas conyugales se envenenaron de tal modo, que una parte de aquellas damas, no teniendo la felicidad de poder pedir el divorcio por causa de impotencia, pidieron la separacion por incompatibilidad de carácter.

El conde de F\*\*\* pidió el concúbite: estaba en su última esperanza.

Somos demasiado castos para entrar en los detalles de esa singular costumbre muy usada en la edad media pero que ha caído casi completamente en desuso en el siglo XIX. Por lo demás si nuestros lectores tuviesen curiosidad respecto á este punto, les enviariamos á Talle-mat de Reaux, *Historieta del caballero de Langeais*; nos contentaremos con decir, que contra lo que se creia, el resultado fué sumamente bochornoso para el pobre conde de F\*\*\*.

Los maridos napolitanos se cogieron por la mano y bailaron en círculo, ni mas ni menos que se asegura lo hicieron en la sala de chimenea del Teatro francés los señores románticos en rededor del busto de Racine; lo que jamás se ha probado bien, puesto que el busto de Racine está arrimado á la pared.

Acaso se creerá que las mujeres quedaron convencidas; pero es sabido que cuando las mujeres tienen una cosa en su cabeza, es bastante difícil quitársela. Aquellas señoras respondieron que permanecerian en su primera opinion acerca del excelente carácter del jóven hasta que tuviesen una prueba directa en contrario.

Pero como el tribunal de la Rota no está compuesto

de mujeres, decidió el tribunal que el matrimonio no habiéndose consumado, era como nulo y no celebrado.

Mediante cuya sentencia quedaron en libertad de volverse la espalda, y contraer si lo tenían á bien, cada uno por su parte un nuevo himeneo.

Elena no tardó en aprovecharse del permiso que la habian dado. Durante aquellos tres años de estraña viudez uno de los que la habian hecho la córte con mas asiduidad habia sido el caballero de T\*\*\*, pero mitad por virtud mitad por temor de dar al conde de F\*\*\* legítimos motivos de agravio, jamás habia confesado Elena al caballero que participaba de su amor. Habia resultado de esta reserva una grande admiracion de parte del mundo, y un profundo amor de parte del caballero de T\*\*\*.

Asi, apenas conocido el pronunciado fallo, el caballero de T\*\*\*, que no esperaba mas que aquel momento para reemplazar el sitio y lugar del primer marido, apresuróse á ofrecer su corazón y su mano á la bella Elena. Uno y otro fueron aceptados, y la noticia de la boda convenida para el porvenir se esparció al mismo tiempo que la de la ruptura del matrimonio pasado.

Esta vez no hizo el príncipe ninguna oposicion á los votos de su hija, la que habiendo legado, por otra parte á la mayor edad, tenia el derecho de gobernarse por sí misma. Jamás habia hecho el caballero de T\*\*\* que se hablara de él sino de un modo muy ventajoso: era de una de las primeras familias de Nápoles, bastante rico para que pudiera suponerse que su amor á Elena fuese el resultado de un cálculo, y ademas de todo eso, como ayudante de campo estaba unido á uno de los príncipes de la familia reinante: el partido era pues, sumamente aceptable.

Quedó decidido que se dejarían pasar tres meses por guardar las conveniencias sociales; que durante esos tres meses el caballero de T\*\*\* aceptaría una mision que el

príncipe le había ofrecido para Viena; y en fin, espirado aquel plazo, volvería á Nápoles, donde se celebraría la boda.

Todo pasó conforme se había acordado: en el día señalado estuvo de vuelta el caballero de T\*\*\*, mas enamorado todavía que cuando partió; Elena por su parte, le había guardado en toda su intensidad aquel segundo amor tan profundo y tan puro como el primero. En aquel intervalo se habían llenado todas las formalidades de costumbre: nada podía, pues, retardar la felicidad de los amantes. Celebróse el matrimonio ocho días después de haber llegado el caballero.

Esta vez no hubo ya ni comida ni baile; se casaron en el campo y en la capilla del castillo: cuatro testigos, el príncipe y la princesa, presenciaron solos la dicha de los nuevos esposos. El príncipe, como había hecho en el primer desposorio, los detuvo después de la celebración del matrimonio para dirigirles una breve exhortación, que Elena y el caballero escucharon con todo el recogimiento y respeto posibles. En seguida y terminada la alocución, quiso bendecirlos, pero Elena, que sabía lo que había costado á su felicidad la primera bendición paternal, dió un salto hácia atrás, y estendiendo las manos hácia su padre:

— ¡En nombre del cielo, padre mio! dijo, ¡ni una palabra mas! Acaso sea una superstición, pero superstición ó no, no nos bendigais.

El príncipe, que ignoraba la verdadera causa de la negativa de su hija, insistió en ejecutar lo que miraba como un deber; pero venciendo el temor al respeto, Elena, con gran admiración del príncipe, se llevó á su marido á su habitación para sustraerle á la temible bendición, y con un movimiento rápido como el pensamiento, haciendo cuernos con sus dos manos, á fin de conjurar doblemente si era necesario la perturbatriz influencia de su padre,

cerró á este la puerta, y la aseguró por dentro con dos cerrojos.

El recuerdo de las tormentas que habían estallado desde el primer día en el anterior matrimonio, inspiró al principio vivas inquietudes á la princesa, la cual temió que el maleficio de su esposo introdujese la perturbación del mismo modo en este segundo matrimonio. No se calmó su alarma hasta que al tercer día fué su hija como la primera vez á hacer una visita á sus padres, que se habían retirado al campo. Se presentó la jóven con rostro tan risueño, que los temores de la madre se desvanecieron.

En efecto, Elena dijo á su madre que su nuevo esposo no había cesado un solo instante de amarla, que era bondadoso, de un carácter encantador, hasta dócil, solícito, y que tenía mil atenciones delicadas con ella; en una palabra, era completamente feliz.

La dicha de la jóven comprada á tan caro precio, se aumentó bien pronto con el título de madre. Dió á luz un robusto niño. Eligieron para amamantar al recién nacido una linda nodriza de Prócida, que fué adornada con pendientes con rosetas de perlas, vestida con justillo color de escarlata galoneado de oro, y falda plegada con galones de plata, la cual se instaló en la casa, y á quien todos los criados recibieron orden de obedecer como si fuera una segunda ama de la casa. El nene era el ídolo de todos; la princesa le adoraba, el príncipe estaba loco con él; no hablamos del padre y de la madre, quienes parecían haber concentrado su existencia en la de la pobre criaturita.

Pasáronse quince meses: el niño estaba sumamente adelantado para su edad, conocía y amaba á todo el mundo, especialmente al buen papá, á quien sonreía con mucha gracia en cambio de sus caricias. El buen papá no podía pasarse sin él. Hacía se le llevasen á todas horas del día,

tanto que por no abandonar al niño estuvo el príncipe á punto de rehusar una mision de la mas alta importancia que el rey de Nápoles le habia confiado para el rey de Francia. Tratábase de ir á cumplimentar á Carlos X por la toma de Argel.

Sin embargo, todos los amigos del príncipe le demostraron el mal efecto que haria en el ánimo del rey semejante negativa, y le suplicó su familia de tal modo considerase que el porvenir de su yerno podria padecer eternamente con su obstinacion, que el príncipe consintió al fin en desempeñar una mision que tantos otros le hubiesen envidiado. Partió de Nápoles en los primeros dias de Junio de 1830, llegó á Paris el 24. fué inmediatamente al miuisterio de Negocios Extrangeros para pedir su audiencia, y dos dia despues fué recibido soleinnemente por el rey Carlos X.

Al dia siguiente de esa recepciou estalló la revolucion de Julio.

Tres dias bastaron, como es sabido, para derribar un trono, y ocho para elevar otro. Pero el príncipe no estaba acreditado cerca del nuevo monarca; dejó la Francia sin poner siquiera los piés en las Tullerias, circunstancia á la que probablemente debió el rey Luis Felipe el feliz y espedido principio de su reinado.

El príncipe estaba cansado de los viages por mar: no eran ya de temer los combates, pero las tempestades continuaban siendo terribles. Así que se dirigió por los Alpes, y atravesó la Toscana para volverse á Nápoles por Roma.

Al pasar por la capital del mundo cristiano, se detuvo para presentar sus homenajes al papa Pio VIII, quien sabiendo la mision de confianza que habia encargado al príncipe su soberano, le recibió con todos los honores debidos á su rango; es decir, que en lugar de darle á besar su

chinela, como hace Su Santidad con el comun de los fieles, le dió su mano.

Tres dias despues murió ei papa.

El príncipe habia salido de Roma inmediatamente de tenida su audiencia, tanto deseo tenia de volver á Nápoles; viajó noche y dia y llegó á dar vista á su palacio al dia siguiente á las once de la mañana, precedido diez minutos solamente del correo que le hacia le preparasen caballos en el camino; pero aquellos diez minutos bastaron á toda la familia para acudir apresuradamente al balcon del piso principal, elevado como todos los pisos principales de los palacios napolitanos, á mas de veinte y cinco piés de altura.

La nodriza se presentó en él como los demas, llevando al niño en sus brazos.

A pesar de su miopía, gracias á los escelentes anteojos que habia comprado en Paris, el príncipe vió á su nieto, y le hizo desde su carruage una seña con la mano. El pequeño, por su parte, le conoció al punto; y como, segun hemos dicho, queria mucho á su abuelo, con la alegría de volverle á ver, hizo un movimiento tan brusco tendiendo hácia él sus bracitos y queriendo lanzarse á su encuentro, que el desgraciado niño se escapó de los brazos de su nodriza, y precipitándose desde el balcon se estrelló en el suelo.

Faltó poco para que muriesen de dolor el padre y la madre; el príncipe estuvo cerca de seis meses como un loco; sus cabellos se encanecieron y se cayeron por último, de modo que se vió obligado á gastar peluca, completándose así en él la triple y terrible reunion de la peluca, la caja de tabaco y los anteojos.

En tal estado le vi al llegar á Nápoles; pero felizmente estaba yo prevenido. Desde la mayor distancia á que yo le vi, le hice cuernos con los dedos, de tal modo, que aunque me hizo el honor de hablarme cerca de veinte minutos,

no me sucedió otra desgracia por la precaucion que habia tomado, que ser arrestado al dia siguiente.

Referiré este arresto á su tiempo ó lugar, puesto que fué acompañado de circunstancias bastante curiosas para que no tema, llegado el momento, estenderme algo sobre sus detalles.

El mismo dia de mi partida habia sido nombrado el príncipe presidente de la junta de sanidad de las Dos Sicilias.

Ocho dias despues supe en Roma que al dia siguiente de aquel nombramiento se habia desarrollado el cólera en Nápoles.

Despues he sabido que el conde de F\*\*\*, el primer esposo de la bella Elena, habiendo seguido el ejemplo que esta le habia dado, se volvió á casar como ella, siendo completamente feliz por su parte como marido y como padre, puesto que tuvo de su nueva esposa cinco hijos : tres niños y dos niñas.

En el mes de Marzo último, el príncipe de\*\*\* ha entrado en los setenta y ocho años; pero lejos de haberle hecho perder nada la edad de su terrible influencia, preténdese por el contrario que se hace mucho mas notable á medida que envejece.

Y al presente, puesto que hemos acabado respecto á Arimanes, pasemos á Oromazes

## XIX

## SAN GENARO. MÁRTIR DE LA IGLESIA

San Genaro no es un santo de moderna creacion ; no es un patron comun y vulgar que acepta las ofrendas de todos los devotos, que concede su proteccion al primero que llega, y que se encarga de los intereses de todo el mundo ; su cuerpo no ha sido recompuesto en las catacumbas á espensas de otros mártires mas ó menos desconocidos, como el de santa Filomena ; su sangre no ha salido por los poros de una imágen de piedra como la de la madona del Arco ; en fin, los demás santos han hecho algunos milagros durante su vida, milagros que han llegado hasta nosotros por la tradicion y por la historia ; mientras que el milagro de san Genaro se ha perpetuado hasta nuestros dias, y se renueva dos veces cada año, con gran gloria de la ciudad de Nápoles, y gran confusion de los ateos.